

LA CONVERSION COMO TAREA Y OBJETIVO DE LA IGLESIA

FIDEL HERRAEZ VEGAS

INTRODUCCION

La Exhortación Apostólica de Juan Pablo II «Reconciliatio et Paenitentia» presenta, como una de sus líneas conductoras, el tema de la conversión, referida en algunos de sus puntos a la Iglesia, comunidad reconciliada y reconciliadora.

A propósito del contenido del documento a este respecto, y con el intento de hacer alguna aportación que ayude a profundizar en esta realidad y sus implicaciones, ofrezco la presente reflexión. Esta se orienta principalmente al hecho de la conversión como quehacer y objetivo de la comunidad eclesial.

Intentando hacer este estudio desde una integración de nuestras dimensiones humana y cristiana, individual y comunitaria, partiré de una breve aproximación al término conversión como tal. En un segundo momento me acercaré a su contenido desde la experiencia bíblica. A continuación propondré una reflexión antropológico-teológica sobre esta realidad. A la luz de los datos de este recorrido, presentaré ya la conversión como tarea y objetivo de la Iglesia, tanto al interior de la propia comunidad como en su necesaria proyección a la sociedad actual. En un último momento, subrayaré, a modo de conclusiones, algunos aspectos que se derivan del conjunto del tema y que pueden sugerir caminos de implicación concreta en el quehacer, que a todos nos afecta, de la conversión.

1. LA PALABRA «CONVERSION»: APROXIMACION SEMANTICA

Aunque no pueda ser exhaustivo, considero útil un breve acercamiento al tema de la conversión desde su mismo significado etimológico. Su realidad es muy compleja y, para comprender con una cierta amplitud y profundidad sus elementos principales, es preciso ampliar el análisis a los contextos cul-

turales y religiosos en que se expresa y, al mismo tiempo, verificar cómo la viven quienes la han acogido en su existencia.

Dos verbos hebreos (*sûb*, *naham*), dos griegos (*epistréphein*, *metanoéin*) y dos latinos (*poenitere*, *convertere*), con sus sustantivos correspondientes y con sus matices específicos sustentan el trasfondo y significado humano-religioso de nuestros vocablos castellanos «convertirse» y «conversión». Su significado implica, en general, un movimiento en el que o bien se da un cambio de dirección, o bien tiene lugar la transformación de algunos o de todos los aspectos que caracterizan una realidad. Aplicado al ser humano, tal movimiento conlleva un cambio no sólo en el modo de pensar, como se ha afirmado con frecuencia, sino también en el de actuar: en la orientación de su vida, en el planteamiento de sus relaciones con los demás, en el compromiso y en la intensidad con que lleva a cabo sus tareas.

2. LA CONVERSION EN LA EXPERIENCIA BIBLICA

Este significado global de la conversión, asumido en el contexto bíblico, hace referencia básicamente no sólo a la mente y a la conducta humana, sino al ser humano entero en su relación fundamental con Dios.

2.1. A.T.: RADICAL BONDAD DE DIOS Y FRAGMENTARIA RESPUESTA DEL HOMBRE

Una primera realidad que aparece clara en el recorrido del Antiguo Testamento es que la conversión tiene su origen en la radical bondad de Dios, en la actitud benévola que muestra con su pueblo (Jer 31, 18; Lam 5, 21; Os 14, 2). De su amor surgen las iniciativas de salvación y desde ese amor se explica su presencia en la vida del pueblo de la alianza, permaneciendo siempre fiel (Ex 32, 14; 33, 1; 34, 10; Os 1, 8-11), aunque ese pueblo caiga repetidamente en la infidelidad (Ex 32, 8-10; Is 65, 1). Es el obrar de Dios el que fundamenta la conversión. Incluso fuera de Israel, ya que Dios ofrece su salvación a todos los pueblos (Miq 4, 1-5).

Por parte del pueblo, la conversión es la respuesta fragmentaria, débil y dispersa a la oferta de Dios, que viene a ser como una pregunta casi sin respuesta (Os 6, 4; 8, 1). Una mirada realista nos lleva a afirmar que la historia del pueblo elegido es en gran parte la historia de las resistencias del hombre a las iniciativas de Dios (Ex 33, 5; Jer 8, 4-7; Ez 16, 1 ss.). Por esto, la reflexión sobre la conversión no puede plantearse partiendo del ser humano y de la transformación que va teniendo lugar en él según va reconociendo a Dios, sino que ha de situarse en la perspectiva de las iniciativas de Dios para darse a conocer y a reconocer a su pueblo, acompañarlo en el

camino de su historia, encauzarlo cuando se desvía, liberarlo cuando se esclaviza y consolarlo cuando se envilece (Is 49, 15; 54, 1; Os 11, 1; 14, 15).

Junto a esto, conviene tener en cuenta que en la vivencia más profunda de la conversión y en la concreción de sus consecuencias la corriente profética ejerce un fuerte influjo (Neh 9, 26; Zac 1, 4). Antes o al margen de los profetas en Israel existían determinados comportamientos de conversión y penitencia, unos ocasionales y otros legalizados y ritualizados en instituciones, que comportaban ayunos, gemidos y súplicas, e incluso signos exteriores, como el saco, el cilicio y la ceniza. Se daba el caso de que se decretaban llamadas a la conversión y penitencias generales, que afectaban incluso a los niños y a los animales (Jon 3, 7 ss.; Jud 4, 10 ss.). Ante esto los profetas afirman que no va por ahí el verdadero retorno a Dios (Am 4, 6-11); que hay maneras de practicar la religión que, en realidad, alejan de él, ya que parten y al mismo tiempo reafirman una imagen falseada de Dios. Lo esencial para ellos, y lo que califica todo lo restante, es realizar la auténtica relación religiosa: una relación personal entre el Dios vivo que llama y va manifestando su voluntad, y unos hombres que le abren verdaderamente sus vidas; una relación por la que Yahvé es el Dios de Israel y éste el pueblo de Dios. Los individuos (II Reg 23, 25), o el pueblo en su conjunto (Jon 3, 10), se convierten cuando hacen que Dios sea verdaderamente Dios para ellos, cuando abandonan la incredulidad, es decir, se apartan del mal (Jer 18, 8) y admiten ir siendo modelados por la imagen que Dios tiene de ellos (Jer 24, 7; Mal 3, 6-8). Esta relación por parte del ser humano se manifiesta en tres aspectos: obedecer a la voluntad de Dios, poner en él una confianza total y apartarse del mal que él aborrece. Las exigencias que de aquí se derivan son extraordinariamente concretas en el comportamiento humano: esta alianza lleva consigo principalmente que se viva la justicia, que los demás sean tratados como hermanos, sobre todo los más pobres y débiles. Por aquí orientan los profetas hacia la auténtica conversión y el verdadero ayuno (Is 58, 4-7; Zac 7, 5 ss.).

2.2. N.T.: DIMENSION CRISTOLOGICA DE LA LLAMADA A LA CONVERSION

La realidad de la conversión es fundamental en el N.T. y forma parte de los elementos centrales de la predicación de Jesús. La llamada a la conversión la encontramos desde el comienzo mismo de su mensaje, como disposición primera para comprender y acoger su «buena noticia» (Mat 4, 17; Mc 1, 15).

Como fundamento de esta llamada y como la realidad más decisiva para ella está, según acabamos de ver en el A.T., la inagotable bondad de Dios (Lc 13, 6-9; 15, 1-32; Ef 1, 7-8; Tit 2, 11). Siendo él el único bueno (Mc 10, 17-19), llama a todos a participar de su amor (Ef 1, 10), en el cual encontrarán la auténtica vida y en abundancia (Jn 10, 10).

Esta bondad se ha hecho visible de modo definitivo en Jesucristo (Ef 1, 3-14; Tít 2, 11), que por vez primera y de forma plena la reconoce y acoge, realizando en su existencia la vida del ser humano según Dios (Col 1, 13-22), y siendo por ello constituido Señor (Fil 2, 9-11), y confrontación última de vivos y muertos (Hech 10, 42).

La llamada a la conversión asume de este modo una dimensión cristológica: se convierte en invitación no a la obediencia de una ley, sino a escuchar, acoger y seguir a una persona, a Jesucristo (Mt 17, 5; Mc 9, 7; Lc 9, 35; Jn 14, 1.6; I Pe 2, 25), que en su Espíritu guía al reconocimiento del Padre, para así caminar desde él y con él como hijos en el Hijo (Jn 1, 12; Ef 1, 4 ss.) y miembros del pueblo de la nueva alianza (Heb 8, 13; 9, 15; I Pe 2, 9-10). El en su camino enseña a los hombres el camino que conduce a la verdadera vida (Jn 8, 12; 14, 4-7).

Esto explica que así como en la llamada a la conversión que hace Juan Bautista (Mt 3, 2; Mc 1, 4), la argumentación es que «ya llega el reinado de Dios» remitiendo a otro (Mt 3, 11-12 y paralelos), Jesús proclama que con su venida tiene lugar la manifestación de ese reinado (Lc 11, 20; 17, 21; Mt 11, 4-6), al mismo tiempo que con su mensaje y con su vida explicita el recorrido que conduce a él.

Es a la forma de vida en coherencia con este reinado de la bondad de Dios a la que llama Jesús (Mt 4, 17; Mc 1, 14-15). Por esto, esa conversión lleva consigo aceptar su mensaje sobre la vida y reorientar nuestros pasos hacia una revisión y transformación fundamental del sentido de la existencia en su totalidad (Hech 26, 20), para, despojados de toda maldad, caminar en esa bondad del Señor (I Pe 2, 1-3), haciéndose así realidad en la vida humana la orientación inicial de Dios sobre ella. Así iremos siendo lo que originariamente estamos llamados a ser (Ef 1, 4), conscientes de que, llegando a vivir de este modo, «hemos hecho lo que teníamos que hacer» (Lc 17, 10).

La escasez de los términos alusivos a la conversión en Pablo y su ausencia en Juan no significa que no esté presente en sus escritos esta realidad. Lo que ha sucedido es que en ellos ha ido adquiriendo una profundidad especial. En Pablo la vida en actitud de conversión lleva consigo un estilo constante de «ser en Cristo» (Rom 9, 1; Col 2, 6-7), de tener «su misma actitud» (Fil 2, 5), de «morir y resucitar con él» (Rom 6, 8; I Cor 6, 14), de ser «nueva creación» (I Cor 15, 47; II Cor 5, 17), «nueva vida» (Rom 6, 5), «humanidad nueva» (Rom 5, 12-21), de «revestirse del hombre nuevo» (Rom 6, 13; I Cor 5, 6; Gál 5, 19.21; Ef 4, 23 ss.; Col 3, 9), de irse «transformando con la nueva mentalidad, para ser capaces de distinguir lo que es voluntad de Dios, lo bueno, conveniente, acabado» (Rom 12, 2; cf. I Tes 1, 9-10; 4, 4-5), extirpando lo que no está de acuerdo con el reinado de Dios (I Cor 6, 9-10; Col 3, 5.11) y asumiendo las actitudes en coherencia con ese reinado (Col 3, 12-17). En Juan se presenta la conversión como un dejarse

engendrar y formar por Dios (Jn 3, 3-8; I Jn 3, 1; 5, 19), incorporándonos a la nueva vida en Cristo (Jn 6, 48; 11, 25), como un paso de la muerte a la vida (I Jn 3, 13-14), de las tinieblas a la luz (I Jn 1, 7; 2, 8-10), una victoria de la verdad sobre la mentira (I Jn 3, 19; 4, 6), del amor sobre el odio (I Jn 2, 9-11; 4, 7-21).

Esta llamada, prolongándose en el espacio y el tiempo a través de los seguidores de Jesús, sigue teniendo valor para todos los hombres que quieran escucharla y acogerla hasta el fin de los tiempos (Mt 28, 19; Lc 24, 47).

3. «CONVERTIOS»: REFLEXION ANTROPOLOGICO-TEOLOGICA

3.1. HACIA EL HOMBRE NUEVO

3.1.1. *Conversión ética*

Tomando como punto de partida el significado general ya enunciado en la aproximación semántica, conviene asentar que el cambio personal a que allí se aludía lo entiendo en sentido positivo. El movimiento o transformación hacia actitudes o comportamientos menos humanos —negativos— considero que no debe incluirse bajo el significado de conversión, sino bajo el de regresión.

Si aceptamos la afirmación de Sartre de que «lo esencial no es lo que se hace del hombre, sino lo que él hace de lo que se ha hecho de él»¹, cuando cualquier ser humano se enfrenta abiertamente con la existencia que previamente se le ha ofrecido, puede ir introduciendo cambios hacia horizontes más densos de humanidad. A partir del ser que se nos da todos podemos ir dando más de sí, asomarnos a sentidos más valiosos, a posibilidades más humanizadoras, ir pasando del mundo del devenir al del ser². Inicialmente nadie es todavía lo que puede llegar a ser como persona. De ahí la insustituible tarea de cada uno de nosotros, que al mismo tiempo es reto, de ir orientándonos vitalmente a lo largo de nuestra vida hacia un mejor, más real y concreto sentido existencial.

Para esta tarea contamos en principio con excelentes posibilidades. Pero también con todas las limitaciones, condicionamientos, deformaciones, distorsiones y deterioros que individual y socialmente nos acompañan desde nuestra infancia. De ahí que este movimiento de conversión pueda ser considerado como un segundo y progresivo nacimiento por el que vamos profundizando más en lo que somos y asumiendo lo que podemos llegar a ser, nuestra auténtica existencia humana.

1 J. P. Sartre, *Sartre y el estructuralismo* (Ed. Quintaria, Buenos Aires 1968) p. 57.

2 Platón, *La República*, 514 A - 521 C (Edición del Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1949).

En orden a que vaya teniendo lugar esta actitud de conversión, hace falta algo más que una mera información intelectual o una simple convicción especulativa. Un investigador, un técnico, un estadista, pueden saberlo todo sobre la miseria o sobre el hambre en el mundo, y no estar para nada orientados existencialmente hacia su erradicación. Por eso, junto a una necesaria y progresiva comprensión de nuestra realidad y de los valores que la integran, es preciso ir acogiendo la experiencia personal de una existencia que se va percibiendo con la exigencia de mejorar algunos aspectos o la mayor parte de ellos en la propia vida.

De ahí que la conversión sea en primer lugar un proceso personal que va afectando a la vida del ser humano. Proceso que, implicándonos en todas nuestras capacidades y posibilidades, va orientándonos hacia una progresiva transformación y renovación de nuestro ser humano en su sentir, juzgar y actuar; una consolidación o rectificación de los principios o valores que dirigen la síntesis teórica y la orientación práctica de nuestra vida.

Todo este recorrido implica un conjunto amplio de factores humanos: genéticos, psicológicos, intelectuales, afectivos, culturales, sociales, históricos, morales y, en nuestra situación de creyentes, también religiosos. La evolución armónica de todos estos factores va concretándose en síntesis vitales más coherentes, satisfactorias, integradoras y unificadoras de nuestra existencia, orientándonos, de síntesis en síntesis, hacia nuestro más verdadero ser y actuar³, es decir, hacia nuestra identidad más humana.

3.1.2. *Conversión religiosa cristiana*

Sin abandonar el nivel en el que estamos situados, damos ahora un paso más. Asumiendo el horizonte señalado, es decir, el hecho de que la existencia humana puede ir realizándose en la asimilación de un sentido y unos valores que la humanizan y en el consiguiente rechazo de los que la deshumanizan, cuando se acepta vitalmente que ese sentido y valores tienen su origen, fundamento y confrontación última en un Dios al que nos abrimos en relación personal, el proceso y esfuerzo por realizar nuestra existencia de acuerdo con esa relación es la conversión religiosa. Conversión que, para quienes acogemos la manifestación histórica de ese Dios en Jesucristo, se concreta en la conversión cristiana.

Situados ya en esta perspectiva de creyentes cristianos, abramos ahora el empeño y trayectoria de construcción humana a los datos señalados en la anterior reflexión bíblica. En consonancia con ellos, la conversión cristiana consiste en acoger las iniciativas de la bondad de Dios manifestada en Jesucristo, abandonando todas aquellas actitudes y realidades que, según él, no construyen el verdadero reinado de Dios, e introduciéndonos de este modo

3 Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia* (Roma 1984) n.º 4.

a nosotros mismos y al conjunto de la realidad creada en lo que creacionalmente estamos llamados a ser. Es decir, el intentar responder vitalmente con el estilo de Jesucristo a su invitación de «ser buenos del todo como es bueno vuestro Padre del cielo» (Mt 5, 48).

Así pues, esta conversión cristiana conlleva la actitud de «reconocimiento» del Dios de Jesús en nuestra vida. Este reconocer, en relación religiosa, no equivale sobre todo a admitir a algo o alguien teóricamente, sino que implica acogerse a la iniciativa de Dios, asumiendo el lugar que a uno le corresponde en la realidad; renunciar a construirse de forma autónoma respecto a Dios; reconocer que él es el existente que nos concierne de modo radical: aquél en quien «vivimos, nos movemos y existimos» (Hech 17, 28). Reconocer a Dios es reconocerse de Dios, es decir, derivar de él la orientación de nuestra vida; compartir la valoración manifestada en Jesucristo; desprendernos, en consecuencia, de cuantas falsificaciones, reducciones e ignorancias nos esclavicen y engañen sobre la realidad. Este reconocimiento de Dios es fundamental para la comprensión que el ser humano tenga de sí mismo y para la actitud que asuma con los demás y con el conjunto de la creación.

Pero, según afirmé también anteriormente, en nosotros la llamada a la conversión tiene una dimensión cristocéntrica: el creyente va convirtiendo del modo descrito su vida hacia una persona, el Señor Jesús (Hech 9, 35.42), estableciendo con él una decisiva relación personal que afecta radicalmente a los significados, valoraciones, comportamientos y decisiones sobre la orientación de la existencia, en sintonía con su estilo de vida, su mensaje y su Espíritu, acogiendo con él y en él al Padre y dirigiendo así su ser y hacer a la construcción del reinado de Dios. Así, «renaciendo en el Espíritu» (Jn 3, 3-8), en Cristo, nos reconciliamos con Dios (II Cor 5, 20; cf. Rom 5, 11; Col 1, 20).

Ha sido en estos últimos decenios cuando, en el ámbito teológico, se ha llevado a cabo una recuperación de esta dimensión cristocéntrica de la conversión. En los siglos más recientes fue estudiada únicamente por la dogmática y la espiritualidad. Por eso, se asumió en su tratamiento un enfoque prevalentemente jurídico-racional. El Concilio Vaticano II salió al paso de este enfoque, fundamentando el conjunto del comportamiento desde el «contacto más vivo con el misterio de Cristo y con la historia de salvación...», para mostrar la altura de la vocación de los fieles en Cristo»⁴. Esta propuesta ha dado un nuevo dinamismo a la reflexión teológica sobre la conversión, pasando ésta a ser actitud fundamental de la vida moral, centrada en el misterio de Cristo, el gran «convertido» al Padre.

Esta conversión es, tal como ha sido abundantemente tratado por la teo-

4 Concilio Vaticano II, *Optatam totius*, n.º 16.

logía católica —a veces en contextos de fuerte polémica⁵—, don y, al mismo tiempo, tarea⁶. Don, porque radica en la original bondad y amor de Dios. Tarea, porque requiere un lento proceso y un continuado esfuerzo de respuesta. Es en este esfuerzo donde se inserta el ya clásicamente conocido como «recorrido penitencial», que, como dice Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica, es «la conversión que pasa del corazón a las obras»⁷; recorrido a través del que vamos abandonando las actitudes de pecado, es decir, del «hombre viejo» para, ir caminando hacia la «humanidad nueva», para «proceder como procedió Jesús» (I Jn 2, 6).

Este afrontamiento humano-cristiano consigo mismo es indispensable e insustituible para cuantos quieran desarrollar su existencia como verdaderos seres humanos y como auténticos hijos de Dios⁸. Eludir u omitir tal recorrido equivale a bloquear la integración personal y, en nuestro ámbito cristiano prolongar el lamentable arraigo de un cristianismo adquirido por mera herencia sociológica e impersonal.

Cuestión diversa es en qué medida y cómo el ser humano va percibiendo la realidad y evolución de su actitud de conversión. Esta, por ir teniendo lugar en la centralidad de la persona, afecta a sus dinamismos más profundos. Por eso, es preciso distinguir entre la experiencia vital de esa actitud y su conceptualización explícita. Con frecuencia, cuando esa trayectoria se va percibiendo expresamente, el recorrido está emprendido desde mucho antes: previamente a pensarse se ha vivido, y la vida sólo se va haciendo consciente de manera progresiva y fragmentaria. El riesgo en este sentido es que, a veces, la experiencia personal de la conversión se vea sustituida por la reflexión sobre ella; es decir, que se razone sobre ella teóricamente, pero sin experimentarla en lo profundo del ser; que se proclame externamente, pero sin vivirla; que se hable de conversión en vez de convertirse, apelando a experiencias recibidas de otros o a deducciones teóricas, de modo que, en tales ocasiones, la elocuencia del lenguaje sea inversamente proporcional a la verdad de su vivencia efectiva⁹.

Tampoco se puede establecer metódicamente en este proceso una secuencia precisa de sus diversas fases. Pues no se trata de una sucesión de fenómenos separados, sino de diferentes aspectos de un mismo proceso. Además, en él están implicados a la vez un conjunto complejo de factores humanos y, desde nuestra perspectiva creyente, la acción del Espíritu. Por

5 Cf. St. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q. 113 (y lugares paralelos). Concilio de Trento, sesión VI, sobre todo los capítulos 5 y 6.

6 Juan Pablo II, loc. cit.

7 Juan Pablo II, loc. cit.

8 Pablo VI, *Constitución Apostólica* (17 febrero, 1966).

9 D. Mongilo, 'Conversión', en *Diccionario teológico interdisciplinar*, vol. II (Ed. Sígueme, Salamanca 1982) pp. 128-29.

consiguiente, no pueden determinarse reglas ni con respecto a la duración de sus etapas, ni a los momentos exactos en que van teniendo lugar.

Lo que sí puede afirmarse con toda claridad es que la actitud de conversión ha de ser un proceso que, aunque en cada etapa de la vida adquiera sus configuraciones concretas, se extiende a lo largo de toda la existencia. No basta con ponerse en camino en la construcción positiva de nuestro ser y actuar, sino que es preciso que esa orientación siga haciéndose efectiva de modo permanente¹⁰, adentrándose paulatinamente en horizontes de humanidad más auténticos y, en nuestra motivación cristiana, caminando sin desfallecer hacia la plenitud en Cristo (Gál 4, 19). Nunca, en nuestra condición presente, se es persona humana y creyente de manera total y definitiva, sino que siempre es preciso estar, en éxodo continuo, intentando llegar a serlo. Pueden existir, además, dada nuestra dimensión histórica, determinadas circunstancias de espacio y de tiempo que den a la conversión nuevas intensidades y tareas. Por ejemplo, plantearse lo que entraña para cuantos estamos viviendo esta década de los 80 el pretender ser y el llamarse de verdad cristianos, puede implicar determinados retos de llamada a la conversión muy concretos.

Es cierto que en quienes van viviendo con seriedad y realismo esta actitud de conversión puede haber incoherencias pasajeras, motivadas con frecuencia por mecanismos más o menos inconscientes, que queden aún de actitudes negativas precedentes. Tales incoherencias, por no brotar de la profundidad del ser, no tienen consistencia para cambiar el recorrido de conversión permanente. En tales casos, me parece que lo importante es no pararse en esas deficiencias aún no superadas totalmente, sino proseguir el camino emprendido. La que podemos llamar «pastoral de crecimiento», tiene aquí un amplio y continuo campo de actuación.

— *Algunas actitudes que favorecen el proceso de conversión.* En este proceso de conversión cristiana hay actitudes que la predisponen, favorecen y reafirman.

El *amor* es la realidad esencial y focal de toda la vida humana y cristiana y de su más plena realización (Mt 22, 36-40). Al mismo tiempo que entraña la expresión más intensa y elocuente del propio ser, conlleva los dinamismos más creadores de auténticos valores. La acogida, en primer lugar, del amor de Dios puede ir configurando y unificando toda nuestra personalidad. Acogida que se traduce en un amor verdadero y coincidente hacia nosotros mismos y hacia los demás, ya que en la disposición vital para con éstos cada uno expresa y verifica su amor hacia sí, y éste evidencia la calidad y densidad real de ese amor compartido. Esta actitud lleva a aceptar efectiva y afectivamente al otro, a no considerarlo ni tratarlo como objeto, a

¹⁰ Juan Pablo II, op. cit., n.º 22. Cf. Concilio Vaticano II, *Ad gentes*, n.º 13. *Presbyterorum ordinis*, n.º 5.

evitar lo que divide, margina o esclaviza, a orientarse hacia lo que ayuda a discernir, a aceptar y compartir cuanto promueve el bien de todos. En consecuencia, la orientación real y existencial en y hacia el amor, evidenciando posibles planteamientos falaces de la vida en este ámbito primordial, necesariamente ha de implicar la actitud de conversión continua¹¹.

La actitud de *sencillez* es también necesaria para acoger la llamada a la conversión al reinado de Dios (Mt 11, 25-26; 18, 2-3). Esta actitud lleva consigo el experimentar la vital necesidad de ser acogidos por el amor de Dios y, al mismo tiempo, evitando el ser esclavos de posturas ya endurecidas, el vivir dócil y alegremente dispuestos a buscar y aceptar su proyecto sobre la existencia humana.

En esta misma línea de apertura a la conversión podemos incluir la que podría llamarse «actitud de superación» (Lc 7, 36-50; 19, 1-10), entendiendo por tal la que acepta la responsabilidad de las propias acciones, e intenta dar a la existencia, poniendo en ello cuanto de su ser y hacer se requiera, una orientación adecuada, en orden a ir resarciendo y reestructurando las actitudes negativas precedentes.

La vivencia efectiva de la *dimensión social y comunitaria* es también actitud imprescindible en el caminar de conversión. Pero a las implicaciones de esta actitud he de referirme más adelante.

A título indicativo pueden igualmente señalarse la *vigilancia solícita* (Mt 24, 32-51; 25, 1-30; Lc 12, 35-48; 21, 29-36), la *bondad de corazón* (Lc 10, 25, 37; 15, 1-32; Mt 5, 8; 18, 15; Mc 12, 41-44; 19, 1 ss.) y la *esperanza activa* (Mt 13, 1-30; 22, 1-4; 25, 1-46).

— *Actitudes que dificultan la respuesta de conversión.* Hay otras actitudes que, cuando se dan, dificultan, bloquean e, incluso, imposibilitan la conversión. En el evangelio hay dos grupos de personas que de modo llamativo rechazan el mensaje de Jesús sobre la vida humana y sobre el valor de las realidades que la constituyen: los *ricos* y los «*justos*».

En cuanto a los primeros, no se trata tanto de una situación de riqueza sociológica, sino, más radicalmente, de una determinada actitud ante la realidad, que absolutiza los «bienes de este mundo» (Mc 10, 17-31), situándolos en el lugar más privilegiado de la escala vital de valores. Es cierto que la realización práctica más evidente de esta actitud es el rico real. Pero la radicalidad de Jesús es más amplia, orientándose hacia aquellos «insensatos» (Lc 12, 20), que en su equivocada búsqueda de la vida se engañan sobre el valor de las riquezas, y ponen en ellas su meta y su seguridad fundamentales. De este modo, orientados tan exclusivamente hacia las realidades materiales, se incapacitan para acoger la llamada que les vaya llevando hacia significados más hondos y reales de la vida humana.

11 F. Herráez, 'La utopía cristiana como oferta de valores', en *Teología y Catequesis* 2 (1982) p. 231.

Pero la actitud más clara y fuertemente evidenciada por el evangelio como cerrada a la llamada a la conversión es la arrogante convicción de la propia justicia y el presuntuoso rechazo de la condición de pecador, postura tipificada en los fariseos (Mt 6, 1-18; 11, 16-19; Lc 7, 36-50; 16, 15; 18, 9-14; y otros). Jesús rechaza esa actitud de quienes se autoconsideran justos; el orgullo infantil y ridículo de quienes se engañan más o menos sutilmente sobre la propia mediocridad y malicia, intentando utilizar y usar según su conveniencia precisamente a Dios mismo; el planteamiento de quienes desfiguran y empequeñecen la grandeza de la vida y de la relación con Dios Padre a su voluntad expresada y formulada en leyes, y la reducción de estas leyes a unas normas externas a la persona e incluso a unas normas rituales; reprobando, en consecuencia, el situarse en una irrenunciable y pacífica convicción de la propia bondad, y en una seguridad indefectible de la propia honestidad, apoyándose en el cumplimiento metódico de esas normas. Jesús desecha esta determinada pseudoespiritualidad de su época —tantas veces lamentablemente recuperada a lo largo de nuestros 20 siglos de cristianismo— porque mina el núcleo de la vida humana auténtica según Dios; porque ignora que la verdadera realización de ésta entraña una constante invitación y esfuerzo para, saliendo de sí mismos, irse dejando configurar por la bondad de Dios; porque lleva a un trato casi mercantil con él a base de acumular pretendidas «obras buenas»; porque conduce a un inflexible desprecio de los demás, que no son considerados «tan justos»; porque encamina fácilmente a quienes así viven desde sus convicciones individuales hacia una conciencia de grupo selecto y aparte; porque instala en una petulante seguridad de creerse situados en el único y definitivo camino recto; porque, acomodados en sus suficiencia, bloquea la capacidad de respuesta ante la llamada salvadora a la conversión, sustituyéndola por la falsa seguridad de la propia perfección y por el engaño fatuo sobre la orientación que consideran certera de su vida; porque guía a un enfoque raquíutico de la existencia humana, limitándola al cumplimiento esclerotizante y falsamente tranquilizador de unas normas, agravado por el intento pretencioso, tal vez inconsciente, de adecuar y manipular el modo y la oferta misma de la salvación de Dios.

3.2. HACIA LA SOCIEDAD NUEVA

3.2.1. *La sociedad, marco ineludible de la conversión real*

El recorrido realizado hasta aquí puede estar pareciendo de un enfoque más bien individualista. Y así sería, si no diésemos un paso más: el de abrir toda esta realidad a la imprescindible perspectiva social y comunitaria. Es ésta una de las dimensiones constitutivas que penetra todo nuestro ser y actuar. En consecuencia, también esta actitud de conversión influye y está influida por esa dimensión. Si hasta ahora me he referido casi de modo

único al ámbito personal-individual, es porque, aunque en cualquier aspecto de la existencia humana las estructuras sociales suelen ser un factor decisivo en su origen y configuración, tales estructuras normalmente radican en lo más propio y profundo de las personas¹². Desarrollo personal y crecimiento de la propia sociedad están mutuamente condicionados. De acuerdo, por tanto, con esta realidad, el proceso humano de conversión, aún cuando afecta a la intimidad del individuo, tiene siempre una dimensión social que repercute en su responsabilidad histórica y en las estructuras comunes.

Formamos parte de una sociedad actual compleja, con muy variadas comprensiones de lo humano y de lo divino; con múltiples intereses y costumbres; con magníficos aspectos positivos y, al mismo tiempo y de modo más llamativo, con desastrosos males. A este respecto la Exhortación Apostólica señala que vivimos en un mundo desgarrado por crecientes desigualdades sociales, antagonismos ideológicos y hegemónicos, contraposición de intereses económicos, polarizaciones políticas, discriminaciones diversas, conculcación de derechos fundamentales, asechanzas contra la libertad, violencia y terrorismo, carrera frenética de armamentos, distribución inicua de las riquezas¹³; enumeración a la que podríamos añadir un lamentable y largo etcétera.

Todas estas penosas realidades no son por sí mismas sujetos de responsabilidad ética o moral. En ellas subyacen siempre actitudes personales, que las originan, mantienen y potencian. En consecuencia, no habrá renovación social duradera sin el presupuesto fundamental y la base firme del cambio interior de cada persona¹⁴, así como este proceso de conversión personal habrá de implicar y orientar necesariamente hacia un proceso de conversión social¹⁵.

Esto significa que, a partir de la sociedad de la que inicialmente pasamos a formar parte, estamos implicados en ir avanzando hacia estructuras y dinámicos sociales más humanizados y humanizadores. Lo cual, asumido desde nuestra perspectiva cristiana, significa que, acogiendo la oferta de bondad y amor de Dios sobre la humanidad, e intentando vivirla desde el estilo y Espíritu de Jesucristo, estamos llamados a ir construyendo la «humanidad nueva» (Rom 6, 4), los «cielos y tierra nuevos en los que habite la justicia» (II Pe 3, 13; Cf. Is 65, 16; 66, 22; Apol 21, 1).

Así pues, la actitud de conversión nos sitúa, a cuantos queremos vivirla, ante el compromiso de promover un desarrollo más humano y auténtico de nuestro mundo lo cual entraña un tomar conciencia con sencillez y realismo del deterioro de la auténtica vida humano-social en muchas dimensiones de

12 Juan Pablo II, op. cit., 4, 15, 16. Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 10, 25.

13 Juan Pablo II, op. cit., 2.

14 Idem, 25.

15 Concilio Vaticano II, *Ad gentes*, 13.

ésta; un remover las resistencias que oponen las actitudes paternalistas, los hábitos de una malentendida resignación y las posturas de rechazo a cualquier tipo de cambio, aunque éstos sean constructivos; un superar ideologías y extremismos que no llevan a acoger y respetar la realidad, sino a desfigurarla y violentarla; un no delegar ni usurpar aquellas responsabilidades que exigen participación personal, activa y coordinada de todos en la realización del bien humano; un aceptar que el discernimiento para esta tarea no es cuestión puramente teórica ni exclusivamente individual, sino que surge más fácilmente de esta orientación y vivencia solidaria de la existencia; en coherencia con esto, un aunar esfuerzos, en palabras del Concilio Vaticano II, «con todas las personas de buena voluntad, creyentes o no, que intentan colaborar en la edificación de este mundo»¹⁶, para señalar y recorrer juntos los caminos más apropiados; un intentar traducir coherente y valientemente la buena voluntad de instaurar a todos los niveles un ambiente más humano en serios esfuerzos de reflexión y acción; un no reducir a términos meramente organizativos la transformación de la realidad; un evitar el mero activismo neurótico que, sin la adecuada atención a las situaciones reales, mira más a la eficacia y a los resultados que a la promoción de hombres capaces de realizarlos; un esforzarse por unir a las reivindicaciones de derechos el estilo de vida capaz de asumir las responsabilidades que tales derechos conllevan.

Para quienes vivimos ese mismo compromiso de conversión motivados desde Jesús de Nazaret, a estos aspectos que acabo de señalar pueden añadirse, entre otros, los de reconocer que el rechazo del amor está siempre en la raíz de las injusticias y divisiones humanas; evitar el engaño de que, puesto que la fe permite discernir dimensiones especialmente profundas del hacerse del ser humano en la historia, ella basta por sí sola para indicar cómo se hace la historia; entender que la ascesis pasa por la construcción de un estilo de existencia comunitaria, en el que todos nos solidarizamos en el discernimiento y en la realización de metas auténticamente humanas, de modo que el «sacrificarse por» se viva como un «sacrificarse con», para forjar unidos unas relaciones más justas y fraternales; rechazar los integristas que intenten hacer unívocos los caminos de renovación e impidan vivir con plenitud de responsabilidad el riesgo de las decisiones y de las realizaciones históricas; superar los espiritualismos iluministas que apartan del esfuerzo para superar injusticias endémicas que paralizan algunas dimensiones de la sociedad y obstaculizan el reconocimiento de Dios, o alimentan las excusas que inducen a rechazarle; asumir que, el hecho de que la conversión cristiana orienta hacia el reinado definitivo de Dios, de ningún modo ha de significar el alejarse de la historia en que vivimos, sino más bien el insertarse en ella conociendo el significado del tiempo presente (Lc 12, 54 ss.; 17, 20 ss.; Mc 13, 28 ss.; II Cor 6, 1-3), como camino efectivo y real hacia ese reinado definitivo.

16 Idem, *Gaudium et spes*, 21.

3.2.2. *Entre el «ya» y el «todavía no»*

Dentro de esta perspectiva cristiana merece especial atención la adecuada y necesaria articulación entre la salvación de toda la existencia que ya ha tenido lugar en Jesucristo y la evidencia de las abundantes realidades personales y estructuras sociales todavía no convertidas. Resulta complejo enumerar las actitudes que de hecho tomamos los cristianos ante este «ya sí», pero «todavía no», con sus consiguientes repercusiones en el planteamiento de las relaciones entre comunidad cristiana y comunidad humana y con sus consecuencias también en la actitud de conversión. Por señalar algunas de esas posturas más significativas, hay quienes piensan que la salvación de Jesucristo está «ya» plenamente realizada en él y que a los seres humanos, en orden a ella, sólo nos competen tareas secundarias y accesorias; otros, suponiendo una total heterogeneidad entre salvación e historia, se muestran indiferentes ante cualquier tipo de compromiso por transformar la realidad; otros también, en la línea de la adecuación necesaria entre realización histórica y salvación, piensan en la utopía de una historia que sea su clara visibilización, y pretenden sacar de la salvación cristiana los modelos de transformación histórica, negándose a hacerse solidarios de otros proyectos y realizaciones; otros, finalmente, acentuando el «todavía no» de la salvación, prescindir de ella o porque piensan que no puede tener anticipaciones históricas o porque la consideran ineficaz en el plano de la lucha por la liberación humana¹⁷. ¿Qué decir ante estas posturas? Que aunque la conversión y liberación de la humanidad ha tenido ya lugar en Jesucristo, no es aún efectiva y total en nosotros y requiere anticipaciones que, aunque sean imperfectas, provisionales y diversas, son indispensables; precisamente porque nos encontramos frente a realizaciones que se desarrollan en el tiempo, es preciso que no las absoluticemos y que las verifiquemos constantemente para potenciar cuanto tengan de verdadero y eliminar lo que haya de ambigüedad y de falta de homogeneidad con el desarrollo humano. Un claro ejemplo de todas estas posturas contrapuestas en relación con dicha articulación es la actual problemática en torno a la «teología de la liberación».

Este asumir las respectivas responsabilidades para la mejor realización de nuestro mundo, es decir, para colaborar en la que podemos llamar «conversión social», ante el denominado «pecado social»¹⁸, no significa encontrar inmediatamente el camino para llevar a cabo esa realización. No obstante, hay una relación directa entre la seria implicación en la transformación de este mundo y el atisbar el camino. Hay quienes no ven porque se niegan a comprometerse. La repulsa operativa suele implicar un obstáculo cognoscitivo. Por eso, quienes están dispuestos a abrir su ser y actuar para ir cambiando

17 D. Mongilo, *op. cit.*, p. 136.

18 Juan Pablo II, *op. cit.*, 16.

a mejor las realidades de la vida, disciernen más pronto y más fácilmente lo que hay que hacer cómo y con quiénes.

Sólo así iremos cambiando las condiciones históricas de odio y violencia en una «civilización del amor»¹⁹, e iremos haciendo más próxima la posibilidad de ser hombres nuevos en una sociedad nueva.

4. LA CONVERSION VIVIDA Y PROCLAMADA EN LA IGLESIA

Ha sido ciertamente largo el recorrido que he efectuado hasta abordar directamente la realidad de la conversión como objetivo y tarea de la Iglesia. Considero, sin embargo, que era preciso reafirmar las bases de por dónde ha de orientarse un auténtico caminar de conversión.

Podría terminar aquí esta exposición, añadiendo únicamente una invitación a que nuestra comunidad eclesial asumiese ella misma y ofreciese con coherencia los elementos fundamentales hasta aquí apuntados sobre la conversión. No obstante, me parece necesario plantear ahora detenidamente estos dos aspectos, tarea y misión, referidos al ser y quehacer de la Iglesia en el hoy de la conversión.

4.1. LA ACOGIDA DE LA CONVERSION Y EL ORIGEN DE LA COMUNIDAD CREYENTE

En aquellos que aceptan la propuesta y el Espíritu de Jesucristo, acogiendo en él el amor y la misericordia del Padre, nace la comunidad cristiana. Comunidad que, aceptándose pueblo de Dios en camino y llamado a vivir en alianza total con él, a medida que, en actitud de conversión, se esfuerza por desprenderse de cuanto dificulta esta alianza y por asumir cuanto le ayuda a acogerla con mayor plenitud, comprende y se siente urgida por la misión de proclamar y ofrecer coherentemente esa misma propuesta de vida²⁰. Estos precisamente fueron la tarea y el objetivo que, en actitud de conversión y con auténtica conciencia de su misión, la Iglesia pretendió, del modo más profundo y completo en nuestra época, con el Concilio Vaticano II. Concilio, cuyas consecuencias y puesta real en práctica, sin retrocesos y de modo imparable, seguimos teniendo nosotros la indeclinable y tremenda responsabilidad histórica de ir realizando.

Es cierto que este proceso de conversión de la Iglesia sólo se da si va teniendo lugar en cada uno de sus miembros. Pero también lo es que la conversión individual, a la vez que introduce vitalmente en la comunidad creyente, acontece inicial y progresivamente en ella, abiertos al Espíritu de

19 Idem, 4, citando a Pablo VI.

20 Idem, 4, 6; cf. II Cor 5, 18 ss.

Jesús y en relación con personas cuyo estilo de vida contagia la decisión de compartir ese mismo estilo y abre a nuevas posibilidades de existencia ²¹.

Este caminar de conversión en cada miembro de la comunidad adquiere sus propios matices, puesto que esa conversión y la fe que la motiva y acompaña asumen la configuración concreta de las personas que las viven. Lo cual origina una de las causas del normal e ineludible pluralismo eclesial, que ha de llevar a respetar y acoger las características propias de la conversión en cada creyente, efectuándose así la comunión eclesial en la distinción personal.

Conviene también añadir que, aunque la Iglesia cuenta con la presencia del Espíritu del Señor ²², quienes la formamos somos seres históricos, sometidos a las limitaciones de las situaciones humanas. Por eso, es pueblo de Dios en camino, que va tendiendo a su completa medida, a su plenitud en Cristo, de forma históricamente limitada, distante a veces de la realización del reinado de Dios que está llamada a anunciar y promover. De ahí la necesidad de renovar su alianza sin cesar, para ir siendo en sus miembros, de generación en generación, lo que ya es definitivamente en Cristo Jesús.

4.2. LA IGLESIA, COMUNIDAD CONVERTIDA: TAREA

Además la Iglesia, para ofrecer eficazmente al mundo la propuesta de conversión, ha de llevar ella misma una existencia de comunidad convertida ²³, esto es, una comunidad de verdaderos discípulos de Jesucristo, abierta de verdad al anuncio de su buena noticia, escuchándola y poniéndola en práctica, comprometida a vivir la realidad y el dinamismo de la humanidad nueva. Consecuentemente, como dice la Exhortación Apostólica, la Iglesia está llamada en primer lugar a vivir la conversión dentro de sí misma, esforzándose en «pacificar los ánimos, moderar las tensiones, superar las divisiones, sanar las heridas que se hayan podido abrir entre hermanos, cuando se agudiza el contraste de las opciones en el campo de lo opinable, buscando, por el contrario, estar unidos en lo esencial para la fe..., según la antigua máxima: *In dubiis libertas, in necessariis unitas, in omnibus caritas*» ²⁴.

Si el hecho de la conversión se tomase en la comunidad cristiana con toda la radicalidad que implica, cambiarían muchas de sus realidades personales e institucionales, porque, a raíz de la renovación que suscita en sus miembros, surgirán necesariamente seres nuevos capaces de dar frutos nuevos. Los convertidos se reconocerán en la participación de la misma vida, se apoyarán recíprocamente (I Tes 4, 18; 5, 11; II Cor 1, 4), se animarán en la superación de los individualismos, en la personalización de sus relaciones, en

21 Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 9, 11.

22 Idem, *Sacrosanctum concilium*, 5-6; *Unitatis redintegratio*, 2; *Ad gentes*, 2-4.

23 K. Rahner, 'La Iglesia de los pecadores', en *Escritos de teología*, vol. VI (Taurus, Madrid 1969) pp. 295 ss.

24 Juan Pablo II, op. cit., 9.

la complementariedad del camino de cada uno con el camino de los demás, en la vivencia o recuperación de una auténtica conciencia eclesial, en la comunión de la abundante riqueza del Espíritu dado a los creyentes, en el compromiso de solidaridad para la construcción de la historia.

4.2.1. *Desde la conversión hacia la unidad reconciliada*

Abundando en la necesidad de conversión al interior de la comunidad cristiana, hay un hecho que no puede silenciarse: la falta de unidad entre las diversas iglesias cristianas, que le impide ser y presentarse desde hace siglos como signo eficaz de esa conversión y reconciliación ante la sociedad y ante la historia. Para que la Iglesia de Jesucristo sea tal signo, es preciso que prosiga, como indica el Concilio Vaticano II, en la búsqueda de ese «verdadero ecumenismo que no puede darse sin la conversión interior», y que tanto mejor se promoverá y realizará cuanto más se esfuercen los cristianos en llevar una vida según el evangelio²⁵.

Hay que tener en cuenta que, tanto en la tradición católica como en la de otras iglesias cristianas, en determinadas épocas y en la mentalidad de ciertos grupos y corrientes, el término «conversión» ha estado cagado de un lastre de fanatismo, que ha llevado a acciones propias de éste. Una seria profundización en el sentido bíblico y evangélico de la actitud de conversión, juntamente con la plena docilidad a la acción del Espíritu pueden contribuir decisivamente a una sola Iglesia reconciliada, que viva un verdadero enfoque cristiano de la unidad y que asuma un cambio efectivo en las relaciones de las diversas comunidades cristianas entre sí y con otros grupos.

4.2.2. *La conversión celebrada en la Iglesia*

Toda conversión implica una manifestación de la misma ante y en la comunidad, originándose así un dinamismo que, explícita o implícitamente, lleva hacia la expresión sacramental de encuentro salvador del hombre con Dios en la Iglesia. Los convertidos viven y expresan la eficacia transformadora de este encuentro en los sacramentos, que a su vez, construyen la comunidad creyente, para que viva y manifieste la salvación de Cristo, ya que éstos son signos eficaces en los que se acoge, vivencia, celebra y anuncia esa salvación.

Pero el acceso a esta realidad de los sacramentos presupone acoger antes la llamada a la fe y a la conversión²⁶. Esta es, por consiguiente, el eslabón fundamental entre aquélla y el sacramento. Así se ve, sobre todo en el primer caminar de la Iglesia, reflejado en los Hechos de los Apóstoles²⁷. El hecho

25 Concilio Vaticano II, *Unitatis redintegratio*, 4, 7, 8.

26 Idem, *Sacrosanctum concilium*, 9.

27 Hech: Pedro: 2, 38; 3, 19; 4, 4; 5, 31-32; 11, 18; Pablo: 17, 30; 20, 21; 26, 20.

de la conversión aparece como una de las realidades centrales de la catequesis de la primitiva comunidad.

Cada uno de los sacramentos es, por tanto, signo de conversión: el bautismo ha de llevar consigo la conversión personal y la inserción en la comunidad de los convertidos; la confirmación ha de significar el proceso de una conversión permanente y la pertenencia más efectiva a la asamblea de los reconciliados; en el sacramento de la reconciliación se celebra de modo específico la acogida de la bondad de Dios, el encuentro con la propia verdad interior y la recuperación de la alegría de la salvación; en la eucaristía la familia de los convertidos «recibe alimento y vida»²⁸ de «la mesa de la palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo»²⁹; el orden sacerdotal configura a los testigos y anunciadores de conversión; el matrimonio es signo de la unión reconciliada de Cristo y su Iglesia; la unción de los enfermos expresa la conversión definitiva al Señor³⁰.

De este recorrido conviene destacar, aunque sea brevemente, los sacramentos del bautismo y la reconciliación. En ambos se expresa y celebra de modo propio y explícito el hecho de la conversión.

En la Iglesia la conversión se hace visible y real por el hecho del bautismo. Este sacramento, en frase de algún Padre de la Iglesia, es el «baño de la conversión»³¹. Pero, como el sacramento supone la opción personal, no puede haber bautismo salvífico sin una conversión activa por parte de quien lo recibe y sin un compromiso preciso de completar durante toda la vida este proceso de conversión que conlleva. En este sentido es muy importante que recapacitemos a qué obliga el hecho del bautismo de los niños, por una parte, a cada cristiano, y, por otra, a la Iglesia si quiere realizar una acción pastoral auténtica. El bautismo exige, de manera ineludible, catequesis y conversión. La obligación de una y otra queda necesariamente ligada al bautismo. Lo que en este sacramento se exige de colaboración personal, cuando no se ha realizado antes, ha de realizarse después. La vida del cristiano lleva consigo la llamada a, de algún modo, irse bautizando a lo largo de toda su existencia; entraña un claro compromiso de permanente conversión³².

El sacramento característico de la reconciliación celebra nuestras progresivas conversiones personales y comunitarias, a lo largo del proceso continuo de conversión que afecta y abarca toda nuestra existencia. Por eso, es lamentable que en ocasiones este sacramento haya sido y pueda seguir siendo un simple requisito para acercarse a la eucaristía, o para liberarse superficialmente de un sentimiento de culpa que hiere a nuestro narcisismo. De este

28 Concilio Vaticano II, *Ad gentes*, 6.

29 Idem, *Dei verbum*, 21; *Presbyterorum ordinis*, 18.

30 Juan Pablo II, op. cit., 27.

31 Justino, *Diálogos*, 14, 1.

32 Y. M. Congar, *Sacerdocio y laicado* (Ed. Estela, Barcelona 1964) p. 31.

modo ni se expresa ni se realiza una verdadera conversión. A lo más se manifiesta la nostalgia de que nos hubiera gustado actuar de otra manera, pero sin comprometer eficazmente el futuro en otra dirección. Lo que con actitud de verdadera conversión sería sacramento salvador, implicando un nuevo impulso de renovación de nuestra actitud interior, en tales casos puede no pasar de ser un rito demasiado superficial, incluso engañoso por falta de autenticidad e insuficiente densidad personal de conversión. Igualmente, la llamada «satisfacción» en nuestras celebraciones de la reconciliación, sin caer en el rigorismo antiguo, debería constituir una prueba y testimonio de conversión manifiesta, y no quedarse en algo meramente simbólico y descomprometido ³³.

4.3. LA IGLESIA, ANUNCIADORA COMPROMETIDA DE CONVERSION: MISION

4.3.1. *Signo de conversión*

La Iglesia toda, viviendo la conversión como tarea y tendiendo a ella como objetivo, va siendo en sí misma signo e instrumento, es decir, «sacramento de la unión con Dios y de la reconciliación del género humano» ³⁴. Pues, sólo promoverá eficazmente en el mundo la conversión, si lleva una existencia de comunidad convertida, esto es, una comunidad de verdaderos discípulos de Jesucristo, abiertos al anuncio de su buena nueva, escuchándola y poniéndola en práctica, unidos en el empeño de convertirse continuamente a él y de vivir como hombres nuevos ³⁵; sólo cuando ella misma se convierte celebrando la presencia de ese hombre nuevo en nosotros, llama verdaderamente a la conversión, anunciándolo a los demás como futuro y esperanza de una humanidad realizada y como posibilidad reveladora para las situaciones esclavizantes; sólo cuando, en humildad, fidelidad y libertad acepta los riesgos de una renovación continuada, es un signo luminoso de conversión para todas las personas y comunidades ³⁶; sólo «en la medida que sea capaz de crear concordia activa dentro de sí mismo, ...podrá ser signo de fraternidad en el mundo y para el mundo» ³⁷; sólo será creíble, cuando práctica y culto se den siempre como momentos inseparables de la vida cristiana ³⁸.

A toda la comunidad de los creyentes le ha sido confiada la tarea de hacer todo lo posible para anunciar la palabra de conversión, testimoniar la reconciliación y llevarla a cabo en el mundo ³⁹. A través de la comunidad de

33 AA.VV., *Praxis cristiana* (Ed. Paulinas, Madrid 1980) pp. 426-27.

34 Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 1.

35 Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 13; Juan Pablo II, op. cit., 9.

36 B. Häring, *Libertad y fidelidad en Cristo*, vol. I (Herder, Barcelona 1981) p. 432.

37 Juan Pablo II, op. cit., 25.

38 L. Boff, 'La realización de la utopía: Jesús el hombre nuevo', en *Misión Abierta* 6 (1977) p. 48.

39 Juan Pablo II, op. cit., 8.

los convertidos Jesucristo continúa hoy su obra de reconciliación, incorporando a sus miembros en la tarea que él emprendió en la humanidad para la construcción del reinado de Dios. Así, la conversión sigue siendo transmitida por la comunidad de personas que han aceptado continuar su misión y se dirige tanto a cada persona, para ofrecerle no una transformación cualquiera sino la reorientación de la propia existencia, como al conjunto de la familia humana para ayudarle a discernir y secundar los impulsos renovadores de la continua y latente acción de Dios en el mundo.

Por esto mismo, el anuncio que desencadena y acompaña al proceso de la conversión no puede ser una lección magistral científica sobre el dogma o sobre la historia de Jesús. Por el contrario, ha de poner el acento en la explicación del sentido para la vida del hombre concreto desde Jesús, emplazándole a tomar una decisión. Consiguientemente, un mensaje cuyo significado práctico para la vida no se supiera presentar de cara a este hombre concreto en clave de conversión, no sería un mensaje que pudiera entrar como contenido válido de ese anuncio ⁴⁰.

En consecuencia con esto, las personas y comunidades que actualmente dan testimonio de una vida en continua superación, así como la experiencia de aquellos creyentes que a lo largo de los siglos la Iglesia ha reconocido como realizadores del ideal de conversión —los santos—, son un gran don para la Iglesia. En contraposición, quienes anuncian la conversión sin un compromiso personal por convertirse ellos mismos, obstaculizan seriamente el cumplimiento de su misión.

4.3.2. *Solidaria en la edificación de la sociedad*

Esta misión confiada a la Iglesia, para continuar la misión de Jesús entre los hombres tiene que concretarse en la transformación de la realidad. Por eso, la comunidad cristiana, para seguir construyendo historia de salvación, ha de estar decidida a vivir su compromiso con el hombre, es decir, inserta en la condición humana, no indiferente a nada que deteriore a ésta, atenta al servicio, libre de acomodaciones arbitrarias, comunicadora de esperanza para los oprimidos por la injusticia y liberadora para los manipulados.

En esta tarea uno de los retos que tiene la comunidad cristiana actual es el de propiciar un estilo de existencia comunitaria y personal que supere los reduccionismos horizontalistas o verticalistas en la relación de Dios y la historia del hombre. La vida de la comunidad eclesial ha de orientar para que el caminar hacia Dios no signifique sustraer lo más mínimo el compromiso con el hombre, ni la solidaridad con éste sea expresión de indiferencia hacia Dios. Es preciso mostrar, en el contexto social contemporáneo, que es posible reconocer vitalmente a Dios y comprometerse con el bien de los hombres;

40 J. Ruiz, *A tiempos nuevos, creyentes nuevos* (Ed. FAC, Almería 1980) p. 321.

que no es necesario desistir de la promoción de la justicia para encontrar a Dios, ni olvidarse de Dios para promover la justicia.

La superación de tal reto conllevaría, entre otras, estas actitudes tanto en el ámbito individual, como en el eclesial: la audacia creadora de los sencillos, como levadura capaz de hacer crecer en el corazón del mundo la paz y la fraternidad⁴¹; la escucha dócil e interiorización fecunda del mensaje de conversión, para discernir el itinerario no alienado de realización humana; la coherencia vital con el nombre de «cristiano», aplicado quizás con excesiva superficialidad en muchos de nuestros países de tradición cristiana, porque este nombre en el mundo actual no es suficientemente significativo, si no va acompañado de frutos de bondad, gratuidad, libertad, alegría, justicia y solidaridad; la esperanza activa que se irradie y contagie al hombre de hoy, sofocado con frecuencia por estructuras en las que la perspectiva de lo trascendente se ve oscurecida o marginada.

Este quehacer en nuestra sociedad nos urge a estar abiertos a todas las personas de buena voluntad, para hacer juntos análisis más amplios y correctos de las situaciones humanas, unidos por encima de metas particulares, en la visión fundamental de la vida y de la historia. Porque el encuentro de quienes buscan y caminan hacia una meta semejante, asume un significado recíproco de sentido, y se hace testimonio y estímulo mutuo para proseguir con reforzado impulso la común tarea desde los respectivos caminos.

La posible tensión entre el esfuerzo por alcanzar una sociedad nueva y la esperanza en el reinado de Dios pleno y definitivo, marca dialécticamente la tarea del hombre convertido. Pero, como nos indica el Concilio Vaticano II, «la esperanza de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra»⁴².

5. A MODO DE CONCLUSIONES

Con el transfondo de todo este recorrido realizado y recogiendo algunos aspectos y aplicaciones más concretas, podríamos terminar esta reflexión con las siguientes conclusiones entre otras:

— Sin establecer comparaciones con los cristianos de hoy y de ayer, entre las ventajas del cristianismo de nuestros tiempos en comparación con el de los tiempos pasados, cabría preguntarse por el valor que habría que dar en la Iglesia a la educación de la conversión, ante los factores de facilidad o dificultad que ofrecen actualmente ciertos tipos de cultura, de sociedad, de costumbres, para que en quienes la constituimos sea posible una conversión con los rasgos significativos de nuestro momento histórico.

41 Juan Pablo II, op. cit., 4.

42 Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 39.

— Habría una auténtica renovación eclesial si no se considerase por más tiempo cristiano a nadie que no haya vivido el hecho de convertirse. Los beneficios de dicha conversión son tan notables en la línea de la autenticidad personal y eclesial, que basta iniciarse en este acontecimiento para que experimentemos que bien merece la pena que el nombre de cristianos vuelva a recobrar toda su densidad inicial.

— En el orden institucional, como resultado de una revalorización de la conversión personal tendrían que cambiar una serie de hábitos y procedimientos pastorales que no hacen sino aumentar los equívocos. Es preciso, por ejemplo, dejar claramente a un lado el hecho del enrolamiento en la comunidad por lo que a veces podría llamarse el procedimiento demográfico. Hay una serie de automatismos en la cristianización del pueblo que no sólo no pueden ser un timbre de gloria, ni una garantía de comunidades creyentes; sino que por el contrario, generan impersonalización religiosa, nominalismo ilusorio.

— Sin la actitud de convertirse, cualquier cambio que se promueva en la vida de la comunidad eclesial, cualquier novedad que le pueda ayudar a avanzar, encuentra en sus miembros una resistencia recelosa, una pereza tal que es ya un síntoma bastante claro de que ahí, por ahora, todavía no ha sonado la llamada convincente del evangelio.

— El sostener estas afirmaciones llevaría a replantearse ciertos procedimientos pastorales, como por ejemplo el sacramentalismo; se tendría que dar una adecuada renovación de bastantes estructuras tradicionales de la Iglesia, entre otras, la distribución y organización de los ministerios; se tendrían que refundir con mayor dosis antropológica muchas formulaciones dogmáticas en la teología; tendrían que revisarse las cuestiones fundamentales soslayadas a veces por cuestiones de segundo rango. Por supuesto, que decidirse en esta dirección ocasiona serios esfuerzos e inevitables tensiones propias de todo proceso de conversión.

— Los animadores de la comunidad deberán renovar constantemente sus análisis, sus esquemas, sus síntesis conceptuales y el lenguaje con el que transmiten el mensaje de conversión. No se pueden, por tanto, seguir diciendo muchas cosas de las que se dicen ni tampoco de la manera como se dicen: abstractas, categóricas. Los convertidos deben pensar y expresarse con sencillez pero con profundidad y buena información. Es decir, que la conversión cristiana exige una comunicación clara, nítida, directa, y concreta que interpele y emplace; que huya lo mismo de atropellos moralizantes que de escapes angelistas.

— En la misma línea, habría que insistir en que las celebraciones cristianas no pueden ser fundamentalmente la ejecución exacta de un ritual en el que se observan puntualmente las normas establecidas. Sin minusvalorar ese marco, conviene tener claro que lo esencial y determinante de esas cele-

braciones es la experiencia que vive el creyente y la comunidad de la aceptación del mensaje, con la conversión que implica.

— Igualmente, nos ayudaría a todos en la comunidad eclesial, si los que en ella escriben o hablan en sus múltiples formas no silenciaran, recordaran o tergiversaran los signos de conversión latentes en lo que va ocurriendo. Si profesamos el deseo sincero de ser cristianos convertidos, tendremos que saber que es importante dar alas a la creatividad del Espíritu, sin detenernos tanto en tareas de control, de ortodoxia, de uniformidad.

— Así mismo, en la comunidad eclesial convertida es preciso superar los reduccionismos tanto de una Iglesia institución política, sociedad autónoma, paralela respecto a las otras sociedades, con competencia para proponer o aprobar formas de organización socio-políticas, como el de una Iglesia que sea guía mística y espiritual exclusivamente, con un alcance histórico meramente indirecto o a nivel de símbolos.

— Esta vivencia de conversión, con su necesaria proyección en la vida social, tendría que colaborar eficazmente a sanear algunos de nuestros males más turbadores, como por ejemplo, el afán desmedido de dinero y poder; el reparto desigual de una renta per cápita del que no salimos a pesar de las estadísticas más bien engañosas; la mediocridad de nuestros trabajos; la terrible insolidaridad que nos hace egoístas para una construcción comunitaria de la existencia; la torpe y desigual vigencia de los derechos humanos; la pereza intelectual que nos hace depender excesivamente de ideas ajenas, sin dejar que aflore nuestra aportación personal.

— Ciertamente, en nuestra sociedad española, a instancias del dinamismo inherente a la conversión, los cristianos deberán estar más presentes, por ejemplo, en la estructura política, en la gestión económica, en el ámbito docente, en el trabajo industrial, en la lucha contra el paro, en los problemas del campo, en el sindicato y en todos aquellos ámbitos donde pueda contribuirse a la construcción de la sociedad; pero siempre con el talante evangélico que es comunión, servicio, libertad, sinceridad.

— En definitiva, la contribución que la comunidad cristiana puede ofrecer a la realización de la historia, más que en mensajes y programas, debe consistir en los «hombres nuevos» que es capaz de suscitar.

Concluyendo, la conversión efectiva, tarea y objetivo de la Iglesia en sí misma y en cada uno de sus miembros, tiene la palabra para que todo esto pueda ser en gran parte realidad.

BIBLIOGRAFIA

- Coenen, L. y otros: 'Conversión', en *Diccionario teológico del N.T.*, vol. I (Ed. Sígueme, Salamanca 1980) pp. 331-38.
- Dhoter, J. C.: *La conversión al evangelio* (Marova, Madrid 1980).
- Dodd, C. H.: *El fundador del cristianismo* (Ed. Herder, Barcelona 1977) pp. 69-98.
- Feuillet, A.: 'Metanoia', en *Sacramentum mundi*, vol. IV (Herder, Barcelona 1973) col. 578-89.
- Goffi, T.: 'Conversión', en *Nuevo diccionario de espiritualidad* (Ed. Paulinas, Madrid 1983) pp. 269-74.
- Guillet, J.: 'Metanoia', en *Dictionnaire de spiritualité*, vol. X (Beauchesne, Paris 1980) col. 1093-99.
- Jeremías, J.: *Teología del N.T.*, 4 ed. (Ed. Sígueme, Salamanca 1981) pp. 181-88.
- Marchetti, B.: 'Conversión', en *Diccionario de espiritualidad*, vol. I (Herder, Barcelona 1983) pp. 481-84.
- Mongilo, D.: 'Conversión', en *Diccionario teológico interdisciplinar*, vol. II (Ed. Sígueme, Salamanca 1982) pp. 121-39.
- Piva, P.: 'Conversión', en *Diccionario enciclopédico de teología moral*, 3 ed. (Ed. Paulinas, Madrid 1978) pp. 136-43.
- Pronzato, A.: *El hombre reconciliado* (Ed. Sígueme, Salamanca 1978).
- Rahner, K.: 'Conversión', en *Sacramentum Mundi*, vol. I (Herder, Barcelona 1972) col. 976-85.
- Ramos Regidor, J.: *El sacramento de la penitencia*, 3 ed. (Ed. Sígueme, Salamanca 1982) pp. 123-67.
- Rincón, R. y otros: *Praxis cristiana*, vol. I (Ed. Paulinas, Madrid 1980) pp. 147-56.
- Ruiz, J.: *A tiempos nuevos creyentes nuevos* (Ed. FAC, Almería 1980) pp. 275-81; 320-23.
- Sánchez García, U.: *La opción del cristiano* (Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1984) pp. 279-89.
- Schlosser, F. y otros: *Conversión y reconciliación* (Ed. Paulinas-Marova, Madrid 1973).
- Verges, S.: *La conversión cristiana* (Ed. Secretariado Trinitario, Salamanca 1981).